

REFLEXIONES DEL PRESIDENTE DE LA CEB

Entender los tiempos

¡Cuánto necesitamos entender los tiempos que estamos viviendo! Cómo quisiera que todos tengamos la capacidad de entender los tiempos como los hijos de Isacar, “De los hijos de Isacar, doscientos principales, entendidos en los tiempos, y que sabían lo que Israel debía hacer, cuyo dicho seguían todos sus hermanos” (1 Crónicas 12:32) No eran dos o tres, sino doscientos que estaban de acuerdo, que concordaban entre sí, que no se contradecían unos a otros. Los doscientos entendían lo mismo, veían las cosas del mismo modo, y sabían lo que había que hacer. Es decir, tenían la solución de los problemas, y no solamente esto, sino que la gente les hacía caso. Porque dice el texto “cuyo dicho seguían sus hermanos”. Porque de nada sirve si uno entiende y sabe lo que hay que hacer pero nadie lo sigue, o los que lo siguen no están muy convencidos.

Cuando no entendemos los tiempos podemos tomar decisiones equivocadas como Giezi el siervo de Eliseo “El (Eliseo) entonces le dijo: ¿No estaba también allí mi corazón cuando el hombre volvió de su carro a recibirte? ¿Es tiempo de tomar plata, y de tomar vestidos, olivares, viñas, ovejas, bueyes, siervos y siervas?” (2 Reyes 5:26) Y por no entender los tiempos, a Giezi se le pegó la lepra de Naamán.

Otras veces, por no entender los tiempos podemos frenar o detener la obra de Dios, como ocurrió con los que regresaron del cautiverio, y como tuvieron muchas trabas para reconstruir el templo, pensaron que no era el tiempo para hacerlo. Entonces Dios, por medio del profeta Hageo “Así ha hablado Jehová de los ejércitos, diciendo: Este pueblo dice: No ha llegado aún el tiempo, el tiempo de que la casa de Jehová sea reedificada. Entonces vino palabra de Jehová por medio del profeta Hageo, diciendo ¿Es para vosotros tiempo, para vosotros, de habitar en casas artesonadas y esta casa está desierta?” (Hageo 1:2-4)

Cuando no entendemos los tiempos podemos presionar a otros para que hagan algo bueno, pero fuera de tiempo, como por ejemplo, cuando los hermanos de Jesús que no creían en él le decían que debía darse a conocer. “Entonces Jesús les dijo: Mi tiempo aún no ha llegado, más vuestro tiempo siempre está presto” (Juan 7:6) Lo mismo hizo María su madre, y Jesús le respondió “¿Qué tienes conmigo mujer? Aún no ha llegado mi hora”.

Cuando no entendemos los tiempos podemos caer en un anacronismo y hacer o decir cosas fuera de tiempo. Anacronismo es estar fuera de época, no solamente que es anticuado u obsoleto, por ejemplo cuando usamos palabras muy antiguas que ya nadie usa o conoce, o hacemos mención de objetos fuera de uso como ocurre con el anacronismo tecnológico al referirnos a “casetes o cintas de video”. Hay así muchas cosas que son ana (contra) crónicas (tiempo, o contra el cronos) Pero lo dramático sería que nos des tiempo de Dios.

Necesitamos ser entendidos en los tiempos como lo fueron los hijos de Isacar, y que pensemos y sintamos lo mismo sin contradicciones entre nosotros. Y para que esto sea posible, debemos fortalecer nuestras relaciones con la unidad. Podemos definir que la unidad es la propiedad que tienen las cosas de no poder dividirse ni fragmentarse sin alterarse o destruirse. No es posible dividir o separar una unidad sin modificar su integridad o esencia.

La unidad es la cualidad de no ser múltiple, sino ser uno de común acuerdo. Es la condición esencial para la armonía y el entendimiento de un grupo. Así que la unidad es fundamental para hacer proyectos, lograr objetivos, mantener relaciones sanas en el matrimonio, en la familia, en la iglesia y en la Convención.

La unidad se construye con relaciones. Se puede decir que no se puede lograr nada sin contar con buenas relaciones. Para implementar cualquier proyecto o programa, para lograr cualquier acuerdo hacen falta contactos, amigos, personas que conocemos o nos conocen. Esas relaciones se basan en la confianza, como lo afirmó John Maxwell, “Sin confianza no hay relación que valga.” Y luego añadió “No se trata de establecer relaciones, sino de mantenerlas.”

En una reunión de líderes de Dallas estuvo presente un ejecutivo de una mega iglesia. En una conversación que tuvimos le pregunté si recibía cartas con pedidos de dinero para proyectos particulares e institucionales. Y me respondió que todos los días recibía más de tres o cuatro cartas solicitando una ayuda financiera y a todos les decía que no, sin siquiera leerlas. Entonces le pregunté: ¿Por qué las rechazaba? Y me respondió: Solo invertimos en quienes conocemos, con los que tenemos relaciones.

¿No es ya hora para que construyamos relaciones profundas, genuinas, generosas, transparentes y desinteresadas entre los miembros de nuestra Convención? ¿No es tiempo para construir una Convención diferente, entrañablemente unida llevando adelante la gran comisión? ¿Es tiempo?



Alberto Prokopchuk
Presidente